

4. PERSONAJES

Dos son los recursos fundamentales de los que dispone el escritor para dotar de fuerza a su texto: el primero es la trama y los distintos elementos que la integran, según vimos en la lección anterior; el segundo son los personajes, que serán los actores de la acción que presenta la narración y a los que debemos prestar una atención especial.

Podemos definir personaje como el ente con capacidad para intervenir en la acción de una narración.

Usamos la palabra «ente» puesto que no hemos de perder de vista que los personajes no tienen que ser necesariamente seres humanos: animales, plantas, muñecos, seres sobrenaturales, extraterrestres... pueden protagonizar la historia que queremos contar.

Y el que los personajes no sean necesariamente humanos entronca con la segunda parte de la definición: su capacidad para intervenir en la narración. Esa capacidad viene dada por el escritor, quien hace que todo personaje actúe de manera consciente. Es decir, el autor dota de características humanas al personaje, le proporciona una psicología y una experiencia vital que guiarán sus actos en la narración.

Generalmente, en la novela, dada su mayor extensión, aparece un número mayor de personajes, que se representarán de manera más pormenorizada; mientras en el relato el número de personajes es menor, reduciéndose a veces a protagonista/antagonista. Además, en el relato el desarrollo de los personajes se condensa debido a su menor extensión y el escritor define a su personaje en apenas unas líneas, con una actitud, un pensamiento o un diálogo.

TIPOS DE PERSONAJES

Comenzaremos por esbozar una presentación de algunos de los diferentes personajes que podemos encontrar en una narración. Esta es una clasificación, pero existen otras:

- **Personajes principales:** son aquellos que llevan el peso de la acción, siendo sus actos quienes marcarán el desarrollo de la misma. Su conducta debe resultar interesante al lector, ya sea heroica o pusilánime, ya resulte vencedor o vencido en el conflicto que presenta la trama. La resolución de ese conflicto suele además representar un cambio para el personaje principal, alterando significativamente las condiciones en que se encontraba al comenzar la narración. Por otra parte, su

caracterización, tanto psicológica como física, siempre será más completa que la del resto de personajes. Un ejemplo de personaje principal sería Raskolnikov, el protagonista de *Crimen y castigo*, de Fiodor M. Dostoievski.

- **Personajes secundarios:** son personajes subordinados al personaje principal. Su caracterización es siempre más escueta, sobre todo en los relatos, y su objetivo es tanto contribuir al color de la narración como, a veces, generar los conflictos a los que se debe enfrentar el personaje principal. Son, además, personajes más estáticos, menos sujetos a cambios internos, aunque sí suelen intervenir activamente en la construcción de los giros argumentales necesarios en el desarrollo de la trama.
- **Personajes tipo:** son personajes que representan la abstracción de toda una categoría en un tipo social o psicológico concreto, que el autor estereotipa al otorgarle unas determinadas características personales. Vienen a significar la plasmación de la manera en que entendemos y representamos a determinados caracteres, según un modelo históricamente establecido y aceptado: el avaro, la mujer virtuosa, el donjuán, etc. Un ejemplo sería el Lazarillo de Tormes, tipo de pícaro.
- **Personajes característicos:** los personajes característicos representan una evolución o mayor elaboración de un personaje para cuya caracterización se partió de un personaje tipo, pero al que se ha dotado de unas características individuales muy marcadas que lo diferencian del personaje tipo patrón. Podemos decir que eso es lo que hizo Cervantes al convertir al modelo de personaje propio de los libros de caballerías en un personaje único, Don Quijote.
- **Personajes planos:** son aquellos cuyas características permanecen prácticamente inmutables a lo largo de toda la narración, sin que ninguna evolución (consecuencia de la acción que se desenvuelve en la narración) venga a alterarlos. Esta inmutabilidad puede ser resultado de varios factores, puesto que no debemos entender que el carácter estático es simple consecuencia de la apatía. Puede tratarse de personajes de carácter inalterable, que de algún modo permanecen desconectados del entorno; o bien personajes que logran siempre afrontar los conflictos que se les plantean; también pueden ser personajes que luchan en vano con las adversidades, lo que les otorga sensación de inmovilidad; o personajes que

se han rendido en la lucha y aceptan cuanto les ocurre con resignación. Un ejemplo de personaje es Ulises, el protagonista de la *Odisea*, un héroe que se enfrenta a cada nueva prueba sin flaquear jamás y cuya acumulación de experiencias no se traduce en ningún cambio en su carácter.

- Personajes redondos: son aquellos que aceptan, e incluso proponen, el cambio que se plantea en la narración como resultado de algún conflicto. Suelen estar impulsados por un móvil, la consecución de un objetivo, dando lugar así a una cadena de acciones y reacciones que configurará la narración. Un ejemplo de personaje dinámico es Emma Bovary, la protagonista de la novela de Gustave Flaubert.
- Personajes simples: son aquellos en los que resalta, por encima de cualquier otra, una cualidad que permanece inalterable a lo largo de la narración. Esa cualidad es dominante en el carácter del personaje y no entra en conflicto con otros aspectos de su personalidad, siendo su rasgo predominante que resaltarán en medio de los conflictos planteados en la trama. Ese sería el caso de la avaricia de Torquemada en las novelas de Benito Pérez Galdós.
- Personajes complejos: son aquellos que poseen un carácter polifacético, donde las distintas características de su naturaleza entran en conflicto, generando así un debate interno entre dos o más posibles caminos a tomar hacia la resolución. Un ejemplo de personaje complejo sería Humbert Humbert, protagonista de *Lolita*, que hace gala de erudición y buenos modales, pero también es capaz de ceder a las pasiones más depravadas.

A. J. Greimas, siguiendo una clasificación anterior de Vladimir Propp, establece una clasificación de las distintas funciones que ejercen los personajes en el texto, y que define como actantes:

- Sujeto: personaje que realiza o protagoniza la acción.
- Objeto: objetivo que mueve al protagonista tanto por deseo como por rechazo. Puede ser persona, objeto, cosa o idea.
- Ayudante: el ayudante es quien auxilia al sujeto en su programa narrativo para conseguir el objeto. Se opone paradigmáticamente al oponente.

- Oponente: es el que interfiere en la acción del sujeto, el obstáculo, que puede ser persona, situación o cosa.
- Destinator: es quien motiva al sujeto a cumplir su objetivo. Es una fuerza que mueve al sujeto a ejercer una función.
- Destinatario: es el que recibe directa o indirectamente el beneficio o perjuicio del sujeto.

Ahora bien, como ocurre casi siempre cuando hablamos de los distintos factores que intervienen en la creación de una narración, las categorías y tipos no son estancos, sino que se combinan formando combinaciones más complejas.

Así ocurre igualmente con los personajes, y a la hora de caracterizar a los que intervendrán en nuestra historia lo normal será reunir varias características de diversos tipos de personajes. En el fondo, casi se puede decir que la única distinción clara es la que hacemos entre personajes principales y personajes secundarios, puesto que es difícil encontrar un personaje que pertenezca por entero a uno solo de los tipos que hemos descrito, y lo común es que mezclen rasgos de varios de ellos.

Esta complejidad en su construcción es lo normal, pues recordemos que un personaje se compone de multitud de partes: su apariencia, su voz, su manera de actuar, su manera de reflexionar... y es lógico que la suma de esos fragmentos sume un todo mayor y más complejo.

A la hora de crear nuestros personajes podemos recurrir a tres recursos: el primero es servirnos de nuestras propias experiencias, vivencias, reflexiones o sentimientos, que implantaremos en nuestros personajes de manera verosímil, aunque cambiando las circunstancias que rodearon nuestra experiencia para adaptarlas a las circunstancias que rigen en la narración.

Vista en conjunto, aquella tarde mi familia no ofrecía un aspecto demasiado atractivo, pues el clima reinante había traído consigo la habitual serie de males a que éramos propensos. A mí, tirado en el suelo mientras etiquetaba mi colección de conchas, me había provisto de un catarro que parecía haberme fraguado en el cráneo, obligándome a respirar

estertóreamente por la boca abierta. Para mi hermano Leslie, arrebujado con expresión ceñuda junto al fuego, llegó una inflamación interna de oídos, que le sangraban lenta pero persistentemente. A mi hermana Margo le había deparado un surtido fresco de acné sobre su rostro ya de antes moteado como un velo de puntitos rojos. Para mi madre hubo un opulento y burbujeante resfriado, sazonado con una pizca de reuma.

Mi familia y otros animales – Gerald Durrell

Podemos ver en este fragmento cómo las emociones de nuestro personaje pueden llegar a representar nuestras propias emociones. Además, este recurso presenta la ventaja de que conocemos los hechos de primera mano, los hemos vivido y conocemos los detalles concretos no solo en sus aspectos físicos (cómo era el clima aquella tarde, la expresión ceñuda del hermano), sino también las emociones que los acontecimientos suscitan en nosotros (incomodidad, aburrimiento, etc.).

No obstante, el recrearnos a nosotros mismos en nuestros textos presenta el inconveniente de la excesiva cercanía al personaje, que puede traducirse en una pérdida de perspectiva que lleve a la confusión al lector. Por eso lo más indicado es fundir esas experiencias propias con características inventadas o tomadas de terceras personas a la hora de construir un buen personaje.

Precisamente el inspirarse en rasgos o vivencias de otras personas es otro de los recursos de los que nos podemos servir para crear nuestros personajes. No obstante, como ocurre cuando nos usamos a nosotros mismos como base para nuestros personajes, esto puede restar objetividad e imaginación a su construcción.

Para evitar esto, lo idóneo es no convertir a esa persona que conocemos directamente en nuestro personaje. Lo aconsejable es combinar esa característica que queremos otorgar a nuestro personaje, con rasgos tomados de otras personas o simplemente inventados.

La muerte de la madre de uno de mis mejores amigos, cuyo relato de su sufrimiento siguió grabado en mi mente tiempo después de que me lo

contara, me proporcionó los detalles más reveladores para la muerte de la madre en *Lección de anatomía*. La mujer de la limpieza negra que da el pésame a Zuckerman en Miami Beach al morir su madre está basada en el ama de llaves de unos viejos amigos [...]. Siempre me fascinó su ácida manera de hablar, y cuando llegó el momento adecuado, la utilicé. Pero me inventé las palabras que puse en su boca.

Philip Roth para *The Paris Review*

El tercer recurso del que podemos servirnos para construir nuestros personajes consiste en servirnos de nuestra imaginación. A veces una chispa salta en nuestro cerebro, tal vez por algo que hemos visto, leído o escuchado y sobre ella cimentamos todo un personaje. Así nació Caddy, uno de los personajes de *El ruido y la furia* de William Faulkner:

Empezó con una imagen mental. En aquel momento no me di cuenta de que era alegórica. Era la imagen del trasero manchado de las braguitas de una niña subida a un peral, desde donde, a través de una ventana, podía ver el lugar donde se estaba celebrando el funeral de su abuela y contar lo que estaba ocurriendo a sus hermanos que estaban abajo.

Vemos que la concepción del personaje imaginario comienza con un destello: una niña subida a un árbol. Pero enseguida obliga al escritor a preguntarse más sobre ese personaje: por qué está subido en el árbol, quién es, cómo se ensució las braguitas...

Usando cualquiera de estos tres recursos, o los tres, crearemos nuestra galería de personajes. De esta galería se destacará uno de ellos (o a veces varios, en el caso de algunas novelas) que vendrá a ser nuestro protagonista. Elegir qué personaje devendrá en protagonista puede no ser tarea fácil, aunque a veces se tiene claro desde un principio.

Pero hay que tener en cuenta que la elección de un determinado personaje puede dar lugar a una novela o relato distintos de si hubiéramos elegido a otro. Como en líneas

generales sabemos qué queremos contar y cómo, lo normal es repasar nuestros personajes hasta dar con aquél sobre el que deseamos escribir.

No debemos olvidar que el escritor lo sabe todo de su personaje, aunque deliberadamente puede no proporcionar todo ese conocimiento a sus lectores, fingir (en la voz del narrador) no entender sus actitudes; y ese conocimiento total marcará el progresivo desarrollo de la narración.

Por lo general, nos centraremos en un personaje abierto al cambio, un personaje que crezca, cambie, aprenda y evolucione a lo largo de la narración. Es decir, un personaje dinámico en oposición a un personaje estático, cuyo punto de vista permanece prácticamente invariable a lo largo de la trama.

EL PERSONAJE PRINCIPAL

Como ya hemos visto, el protagonista será el personaje que lleve el peso de la acción, los hechos narrados serán a él a quien le sucedan y, por tanto, su personalidad, carácter y estados de ánimo cambiarán en el transcurso de la acción y como consecuencia de ella.

Es decir, el argumento obliga al personaje (sobre todo al principal) a decidir y a actuar, transformándolo de mera construcción estética en imagen de un ser humano vivo que toma decisiones y paga las consecuencias u obtiene compensaciones, según acierte o se equivoque.

A la hora de describir a nuestro personaje principal debemos evitar caer en la enumeración. Hay que tener presente que contamos con diferentes elementos que compondrán su personalidad y que todos ellos ayudarán a que el lector se cree una imagen fidedigna de él.

Como indicábamos más arriba, la voz o manera de expresarse del protagonista, sus reflexiones, sus convicciones, su apariencia física, sus actos, ayudan a construir una figura compleja que no hace falta trazar de una sola vez, en un solo movimiento. Si se trata de una novela disponemos de un espacio mayor en el que, poco a poco, desvelar su perfil

complejo. En el relato, esa revelación se debe hacer de manera más breve, pero no se debe perder la sutileza.

Pensemos en nuestros primeros encuentros con personas desconocidas: de un vistazo, en una sola conversación, no lo descubrimos todo de ellas. La presentación del personaje al lector debe realizarse de esa misma manera, revelando en pequeñas dosis quién es nuestro protagonista.

Hay muchas formas de mostrar y construir la personalidad de un personaje, aunque podemos reducir las opciones a las cuatro principales:

- **Acción:** en muchas ocasiones, la forma de actuar de un personaje ya revela mucha información al lector. Si se ruboriza o agacha la cabeza nos hará pensar en cobardía o timidez; si mira fijamente o adopta una pose descarada nos sugerirá desparpajo o desenvoltura.
- **Voz:** lo que se dice y cómo se dice son datos muy reveladores para la formación del personaje. Incluso lo que no se dice es importante, ya que revela facetas ocultas o rasgos de la personalidad del hablante.
- **Apariencia:** un primer vistazo a una persona ya proporciona mucha información. La ropa que viste, su fisonomía o sus gestos pueden ser muy reveladores sin necesidad de que se exprese con palabras.
- **Pensamiento:** el flujo de conciencia de un personaje puede definirle mejor que cualquier otra cosa, aunque también es uno de los elementos más difíciles de dominar; las ideas deben estar acordes con las acciones que lleve a cabo y, además, permitir que el lector visualice con nitidez al personaje. No obstante, también es el elemento que permite una mayor profundización en la psicología interna.

Lo normal es que la figura de los personajes principales de la narración se caracterice por su complejidad. Su carácter, al que dotaremos de diversos atributos para proporcionarle mayor hondura, mostrará además rasgos opuestos que generarán contradicciones a la hora de enfrentarse a los conflictos que presente la trama, o incluso los generará.

Por otra parte, el desarrollo de nuestro protagonista a lo largo de la narración, la manera en que poco a poco vamos proporcionando una visión más completa sobre él al lector, debe contribuir a dotar de consistencia al personaje.

Esa consistencia debe venir refrendada por la coherencia, es decir, el personaje debe seguir una línea de acción congruente a lo largo de la narración. En numerosas ocasiones, la superación del conflicto que presenta la trama supone que el personaje dé un giro de 180° en sus ideas o formas de actuar, pero cuando esto ocurre el motivo de ese cambio debe quedar reflejado y, además, ser verosímil.

Otro rasgo del personaje principal es, como ya hemos indicado, la metamorfosis a la que se verá sometido a lo largo de la narración. Algo en él habrá cambiado cuando la historia termine, para bien o para mal, de manera que el lector le dejará convertido en un personaje con cualidades, reflexiones o planteamientos vitales distintos, en parte, a aquellos que le caracterizaban al comienzo de la narración. Nuevamente se hace necesario apuntar aquí que la coherencia debe presidir la presentación a lo largo del texto de dicho cambio.

Para resaltar el cambio operado en el personaje lo idóneo es dotarle de un marco fijo que resalte su figura, de manera que sirva como punto de referencia para el lector a la hora de apreciar la evolución del personaje.

Esto significa que debemos ofrecer los antecedentes que llevaron a nuestro personaje a ser quien es y a comportarse como se comporta. Para ello nada mejor que proveerle de un entorno físico: familia, amigos, ciudad, casa; y de un bagaje psicológico y emocional: miedos, deseos, experiencias, anhelos.

Tal vez el aspecto más importante para que un personaje cobre vida y el lector pueda comprenderle, y aun identificarse con él, es el deseo. El deseo es el motor que mueve al personaje a la acción y en torno a él gira el desarrollo de la trama. Puede ser un deseo grandioso, como convertirse en rey; un deseo de algo tangible, como llegar a casa en un día de lluvia; o un deseo de algo inmaterial, como comprender por qué su pareja lo abandonó.

Resolver con acierto un personaje no es tarea fácil para el escritor, menos aún si este pertenece a un relato, donde la extensión hace que debamos evitar las descripciones

pormenorizadas y ciertos detalles quedan meramente esbozados. En ocasiones se apunta que el personaje en el cuento queda en segundo lugar en favor de la acción, que lo devora entre sus circunstancias.

En cualquier caso, los personajes son un puntal importante de la trama a los que por tanto debemos prestar especial atención, cuidando sobre todo aspectos como su coherencia o su pertinencia dentro de la historia. Para contribuir a definirlos, uno de los recursos que usaremos será su forma de hablar, que en el texto traduciremos en forma de diálogo. A ello dedicaremos la próxima lección.